

Ecos y Reflejos

ALFONSO REYES

LETRAS de México nos trae la noticia: "El Premio Nacional de Ciencias y Artes fue adjudicado con plena justicia a Alfonso Reyes por su libro *La crítica en la edad ateniense*."

Sentimos un íntimo contento, porque Alfonso Reyes es una de nuestras devociones persistentes a lo largo de treinta años de experiencias literarias. Desde su primera colaboración en *El Figaro* de La Habana, —una evocación sentimental de Oscar Wilde—, hasta sus últimas producciones de verdadero maestro, han de ser muy pocas las páginas suyas que no hayamos conocido y leído con el mismo y mantenido interés de siempre.

Nuestra aproximación a Alfonso Reyes se realizó a través de Pedro Henríquez Ureña, durante su segunda estancia en La Habana, en 1914. Venía de una larga permanencia en México, de grandísimo provecho en la formación de un grupo de jóvenes que en aquellos instantes hacían las primeras armas literarias. Alfonso Reyes era entre ellos el anuncio del prodigio que hacía prever días de fecundos aportes a las letras mexicanas.

Ocurrió después que aquellos primeros contactos se intensificaron gracias a la amistad fraternal de José Ma. Chacón y Calvo, a raíz de su viaje a Madrid, donde Alfonso Reyes se hallaba instalado. Chacón va a residir a uno de los pisos de su misma casa de Pardiñas 32, —la que llamó después "la casa de hielo"— y en sus cartas frecuentes de entonces no faltaba la presencia de Alfonso Reyes, lo que nos permitió seguir de lejos y con alborozo siempre, el camino poblado de sorpresas que recorría, entre cordiales voces de aliento, el amigo que daba muestras de una inteligencia vivísima y de un profundo sentido de la expresión literaria.

Con su pluma se gana Alfonso Reyes un puesto de primera fi-

la cerca de los escritores consagrados de España, sin dejar de figurar también entre los jóvenes que conquistan las primeras posiciones. Así se da el caso de que no obstante su juventud, forme entre redactores consagrados de la *Revista de Filología Española*, inspirada y dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, ofreciendo valiosas y originales contribuciones eruditas, aunque de una erudición que antes ha pasado por la poesía y se ha impregnado de espíritu. Chacón y Calvo nos habla de aquel su caudal sorprendente de conocimientos sobre puntos raros y datos desconocidos de historia literaria que Alfonso Reyes había acumulado tempranamente. Y eso junto a un lirismo grácil, por virtud de su perenne juventud interior. Editor de Quevedo, de Alarcón, del Mio Cid, aclarador de bellezas y secretos gongorinos, era creador allí donde ponía la mano, como taumaturgo en el don de hacer surgir la belleza.

Cuando Ortega y Gasset funda *El Sol*, le confiere el cuidado de la página semanal de Historia y Geografía, en la que no sólo lucen sus conocimientos humanísticos, sino intenta con frecuencia la dilucidación de temas americanos, planteados con la alta jerarquía de un maestro de literaturas comparadas.

El tema americano no había tenido hasta entonces tratamiento de tanto primor y sapiencia en España. Recordamos aquellas maravillosas páginas de incomparable ímpetu lírico que son su *Visión de Anáhuac*. Y qué arte para percibir lo inmediato y lo remoto, lo que da carácter a un hombre, a un libro, a una época; para ahondar, sin dejar ver el esfuerzo, sino al contrario, pareciendo que no se pasa de las bellas apariencias, y evitar así la sensación de petulancia.

De regocijo era el día en que nos llegaba uno de aquellos sus primeros libros, pulcros de contenido tanto como de aspecto. Por venas distintas corrían la gracia y el ingenio, la sabiduría y la paradoja, el humanismo y la poesía. Todas partían de la misma fuente límpida y delataban el mismo ritmo, el mismo latido vital, la misma mente vigorosa.

Alfonso Reyes era infatigable en el trabajo y en esa cordialidad de la artesanía de la pluma que siempre ha cultivado. Se ganó a esfuerzo limpio su sitio sobresaliente y propio. Corre su nombre por toda América al pie de escritos que no dan punto de reposo a sus lectores, que eran más cada vez. Y ganaba siempre en excelencia de expresión a pesar de que, viviendo de sus colaboraciones, trabajaba sin descanso y sobre los más variados motivos.

De México había salido a entablar una lucha difícil. Hasta sus libros, instrumento de trabajo, habían quedado atrás, y para consuelo de Chacón y Calvo, que se lamentaba de la pérdida de gran parte de su biblioteca, decía que era bueno aprender a perder libros. Lo substituyó con su recio bagaje intelectual y con su afán de aprender, sólo superado por su fiebre de producir.

Y llegó el momento en que México lo llamó a su servicio, porque un hombre de sus condiciones intelectuales y morales prestigia a su nación, y ella siente el orgullo de servirse de él y de servirlo al mismo tiempo. El diplomático hizo gran papel en América. Pero el gran escritor lo superó. Los libros ahora llegaban con pie de imprenta de Buenos Aires o de Río de Janeiro. Cuajaban los temas y señoreaba la pluma de Alfonso Reyes entre la juventud americana.

Félix LIZASO.

El Mundo,

Buenos Aires, 22 de Noviembre de 1945.

CAPÍTULOS DE LITERATURA ESPAÑOLA

Segunda serie

El Colegio de México, México, 1945.

Alfonso Reyes

No es posible acotar las obras críticas de Alfonso Reyes. Tiene este escritor un poder tal de creación especulativa que sus temas rebasan siempre el predio que él mismo les señala. Es preciso estar muy atento para no dejar escapar esta y aquella y la otra sugerencia. Llega un momento en que no es posible seguir con la vista la hábil caza de los halcones que echa a volar sobre no se sabe cuántas palomas al mismo tiempo. Si para Alfonso debe ser una santa alegría mirar cómo sus manos cobran la presa ansiada, para los que vemos, un poquitín desde la borda del solar, el gracioso juego no deja de tener sus angustias porque, necesariamente, se nos escapan primores. Olemos la sangre preciada pero no sentimos el tacto de su púrpura. Pero en fin, la fiesta nos pertenece puesto que a ella nos invita. Reúne en este volumen muy diversos estudios Alfonso Reyes: desde los que rondan a Calderón, hasta los que emprenden coloquios con Galdós. Entre unos y otros vemos noticias que esclarecen a Góngora, a Ruiz de Alarcón y a San Juan de la Cruz.

Acerca del tema *La vida es sueño*, de Calderón, apura Reyes no sé cuántas noticias encaminadas a esclarecer sus fuentes; fuentes intrincadas porque los veneros son varios y se confunden y despistan al investigador. En casi toda la literatura española de la Edad Media y del Renacimiento se presentan casos de esta especie, que los eruditos, con diligencia y empeño, tratan de poner en claro para que miremos mejor el valor de la originalidad y el significado de la interpretación de nuestros escritores favoritos. En Calderón se da el caso, muy propio de su época, de que la presencia del hombre y de la naturaleza se mezclan formando un todo, uno como

nudo indesatible. Por esto Alfonso advierte que no se trata, en realidad, de una cuestión de fuentes sino de un tema que se esconde, aparece, crece y se desenvuelve, sin decir ni su nombre ni su confirmación so la capa de no se sabe cuántos autores. Hay temas que son bienes comunes en la historia literaria española. Buena observación de Alfonso es la que se refiere a la estéril recreación de la tragedia clásica en España en los días renacentistas. Pesaba demasiado el *hombre* para que el hombre se contentara con su remedo. Sería el siglo XVIII —en su típica decadencia o más bien crisis— el capaz de aceptar como fruto lozano esta resurrección de lo clásico pagano. Pero aun aquí encontramos: en Francia, a Molière, y en España a Don Ramón de la Cruz dando la nota autóctona, vitalizadora de la raíz estética. ¿La simetría que Alfonso, entre otros críticos, encuentra en Calderón no se encuentra también expuesta en Ruiz de Alarcón? ¿No es ésta una actitud filosófica de la época que marca la verdadera diferencia del proceso artístico que siguieron en sus días los Lope de Vega y los autores que se mencionan? Nos parece que sí. Merece la pena ahondar este tema. La superioridad del *alma*, pregonada por la Edad Media no es sino un reflejo de lo teocéntrico de aquellos días. En el Renacimiento será la superioridad de la naturaleza y, sobre todo, del *hombre*, lo que determinará la validez de esta palabra: lo antropocéntrico. La doble personalidad que se advierte en Segismundo acaso no sea sino la lucha que Calderón mira y plantea frente a las dos concepciones de la vida que en su tiempo se ventilan: una en trance de desaparecer y otra en anuncio de afirmarse.

Esclarece Reyes el nombre de Francisco Delicado, el de la *Lozana andaluza*, llamándole Delgado, como debe ser; juega con el tema de la *Garza montesina* para penetrar en su significado humano. Hermana a la dichosa *Garza*, con la *Jerezana*, y con la *Portuguesa*, hembras que pertenecen al retablo de Luciano.

Es capítulo sobresaliente en el libro el que se refiere a *Ejercicios de historia literaria española*. Este capítulo debería ser divulgado entre los maestros de la materia para que se decidan a rom-

per los moldes de hierro en que se han encerrado para tormento de sus alumnos e invalidez del espíritu literario. Contiene este capítulo la materia suficiente para fundamentar, en su raíz, la reforma de los programas escolares hoy vigentes en las diferentes escuelas de España y de América. Pero es posible que todavía transcurran algunos lustros antes de que veamos corregidos los errores que Reyes con sencilla palabra aquí apunta.

Las noticias que nos proporciona sobre los *Autos sacramentales en España y en América* le dan oportunidad para glosar documentos sobre el origen, desarrollo y prolongación de dichos espectáculos. El origen de estos Autos (en Francia *Misterios*) es bien incierto, por más que se nos diga que los introdujeron, de modo apasionado, los visigodos en su afán por extender el arrianismo tan consubstancial a su espíritu. Deben intervenir otras causas y otros motivos, acaso no todos de carácter esencial. Los símbolos de la mitología, mezclados con los símbolos del cristianismo, no provocaron siempre verdadera repugnancia. A la explicación que dió Calderón debe añadirse la que nos legó Alfonso X. Ya Solalinde nos explica cómo el sabio rey quiso mirar en cada figura bíblica una raíz de las figuras de la mitología griega y latina. Los dioses eran unos; lo que variaba eran sus nombres. *Noé* equivale a Neptuno; *Adán* a Adancadmón, etc.

El resumen que ofrece sobre la influencia del *ciclo artúrico* en la literatura castellana, es de utilidad para los que tienen que explicar el proceso del origen de la novela de caballerías en España. El cuadro que presenta Reyes es de tal sencillez y precisión que gracias a él se mira la cuna del género y se explica la naturaleza romántica de sus personajes. Es bueno recalcar que el mundo artúrico se desenvuelve en la región celta española. Este hecho no es geográfico, ni simplemente casual; en lo celta era donde podía madurar, con su espíritu, aquella familia que es mezcla de sueño, heroísmo y grandeza. Esta épica caballeresca substituyó a la épica vernácula en aquella región. Fué preciso que llegara Camoens (*Renacimien-*

to y pérdida de la independencia de Portugal) para que la épica lusitana surgiera.

No es posible agotar el tema de Góngora. A medida que se rascan sus versos, a medida que se ahondan sus figuras van apareciendo, más lúcidas, las gracias que tuvo tan insigne poeta. El sabor de Góngora no lo encuentra Reyes en el laberinto de su maquinaria erudita, en la trenza de su aparato mítico, sino en la savia popular que, por más disfraces que asume, se muestra tal cual el poeta la supo tomar de la tierra misma, de la voz misma, del silencio mismo de su región. Cada vez interesan más las esencias de Góngora que sus medios. Día vendrá en que la crítica nos ofrezca el caudal de sus imágenes al margen del laberinto de sus recursos. Góngora se valió de todo medio para lograr su fin; pero algunos han confundido el tránsito con la raíz y con el fruto. Góngora está donde está, no donde parece que está. Con palabras se hace la poesía, cierto, pero sólo con ciertas palabras que nos permiten decir aquello que, por inefable, requiere semejante recurso material. En el intersticio de las palabras, de las metáforas, de las alusiones, de las perífrasis, aparece el rostro (que no la máscara) de la poesía de Góngora. Y el mecanismo de Góngora, lo ha sabido manejar y desmontar Alfonso Reyes.

Tenemos, pues, en este nuevo libro de Alfonso Reyes una guía para mejorar los estudios que sobre las materias apuntadas se hubieren emprendido. Es lectura fácil, amena, como salida de la pluma del más diestro escritor que en la hora actual ha dado la literatura castellana.

Ermilo ABREU GÓMEZ.

El Hijo Pródigo, México,

noviembre 1945, págs. 120, 121.

EL DESLINDE

Prolegomenos a la Teoría Literaria

Alfonso Reyes. — El Colegio de México, 1944

En un cursillo de Literatura hispanoamericana explicado en el Ateneo de Puerto Rico en 1939, terminé mi comentario sobre Alfonso Reyes con estas palabras: "Ahora Alfonso Reyes ha vuelto a México. Cree que su vida de diplomático en el exterior ha terminado. Ha construido una casa para ordenar su biblioteca. Sus palabras tienen un acento desconcertante de desilusión: el dueño de riquezas asombrosas en el mundo del espíritu se entristece ante horizontes negros que ve levantarse coincidiendo con los perturbados horizontes de nuestro tiempo. Esperemos que la casa en el propio suelo cumpla su fin de asiento y reposo para la creación: que el viajero abra sus alforjas apretadas y nos regale sus experiencias de artista".

Cito ese final de mi conferencia porque no se ha publicado aun, mientras que la previsión en él expresa se ha cumplido: los que seguimos el avance de la obra de Alfonso Reyes le vemos reunir según orden temático estudios dispersos como *Capítulos de literatura española* (1939), y *La experiencia literaria* (1942); publicar ensayos de hoy como *Pasado inmediato* (1941) y libros de exégesis en que resume sus meditaciones sobre aspectos de la cultura clásica en *La crítica en la Edad Ateniense* (1941) y *La antigua retórica* (1942).

En 1944, como introducción a una serie de libros que promete sobre la teoría literaria, publica *El deslinde* que él mismo presenta con lindes muy precisas en su definición de la obra: "Excursión por la selva de las disciplinas humanas para averiguar más o menos los sitios que la literatura frecuenta". "Vasta selva de difícil travesía si no fuera Alfonso Reyes tan hábil conductor por las múltiples veredas que va abriendo sucesivamente hasta llegar al cum-

plimiento de su propósito: "Establecer el deslinde entre la literatura y la no literatura".

Preocupa también a Alfonso Reyes el descuido con que se usan los conceptos referentes a la teoría literaria y se propone llegar a "una recta distribución de los nombres y las nociones como a un acto de justicia teórica".

Al terminar la excursión, cada lector indudablemente volverá a recorrer muchas veces la selva, deteniéndose en la vereda más grata a su formación y experiencia. Los que enseñan o crean literatura —los que la enseñan sobre todo— tienen la obligación de estudiar este libro, ejemplar por sus aclaraciones sobre la literatura en pureza y la literatura ancilar, decantación primordial de *El Deslinde*, que lleva al autor a consideraciones lúcidas sobre el ensayo, la novela, el drama, la poesía, y el lenguaje como medio expresivo de estas funciones. Señala a través del libro los préstamos y empréstitos de lo literario a las diversas disciplinas del espíritu, procedimiento único para lograr su deslinde.

En dos motivos de *El deslinde* me parece necesario insistir por su oportunidad en el momento de exigencia cruel que vivimos. Exigentes son con frecuencia aquéllos que, por estar iniciados en el arte literario pudieran valorar más justamente los frutos de una vocación amorosa y firme. A ellos propongo el motivo de renunciación que apunta Alfonso Reyes al terminar su libro, describiendo su tarea "de más paciencia que gloria". "Arrojé —dice— a los pies de mis dioses algunos de mis juguetes más queridos: la venustez de las frases y el deleite de las cadencias. Y me resigné a atravesar por campos de abruptos tecnicismos".

Tal resignación debió lograrse con doloroso sacrificio. La gracia y la belleza de la prosa alfonsina, sin embargo, no se declararon derrotadas por eso. Y los abruptos tecnicismos se suavizan por instantes con la voz habitual del artista que es, sobre todo, Alfonso Reyes. Así, su *Deslinde* se detiene a las puertas de la poesía. Su elogio aquí confirma la declaración de lealtad que hace años hizo

en un libro de poemas —*Huellas*— quien hasta el fin desea acompañarse del encantamiento de la poesía: "Catharsis para el ánimo, edificación en la ética, vivificación en la política, compensación para los vacíos del mundo, enriquecimiento de la especie, camino de la humanización del hombre, guía en tormenta, brecha en ahogo —ella liberta, ella levanta".

Señalo el otro motivo a la consideración de aquellos que desvaloran los estudios literarios al considerarles ocio de bellas palabras. *El deslinde* establece con afirmaciones frecuentes el lugar de la literatura en la integración y el ajuste del hombre a las circunstancias del mundo en que vive.

La literatura para Alfonso Reyes es seno de toda integración y universalidad. Sus testimonios significan un constante servicio extraliterario, porque contiene noticias sobre los conocimientos, las nociones, los datos históricos de cada época, así como los indicios más preciosos sobre nuestras "moradas interiores", "puesto que representa la manifestación más cabal de los fenómenos de la conciencia profunda".

Su universalidad hace posible conscientemente o no "dejar algunas limosnas en las escarcelas de la historia y de la ciencia". Por su universalidad misma adquiere ante la historia y ante la ciencia el valor vicario de la vida. La historia humaniza los conocimientos de las demás disciplinas al presentarlos como actos del hombre. Pero tiene que mantenerse dentro de cierta generalidad específica que sólo alcanza una humanización de primer grado. La literatura puede permitirse las interpretaciones, la hipótesis, las irregularidades tan sólo fundadas en las sospechas de la humana naturaleza y penetra así un grado más en esta absorción de lo humano.

"Por arte de ficción y universalidad", termina Alfonso Reyes, "la literatura sujeta del todo al orden humano cuantos datos baña en su magia. Mídas mejor aconsejado, convierte en prolongaciones de Adán. piedras, árboles, animales. Antropomorfiza en cierto mo-

do lo extrahumano que adopta bajo su tutela. Y es así la literatura, el camino real para la conquista del hombre por el hombre”.

He citado las palabras exactas de Alfonso Reyes sobre la función de la literatura en la sociedad de todos los tiempos, función más necesaria en el nuestro de confuso egoísmo. Es ésta, a mi ver, la aclaración más trascendente de *El deslinde*.

Concha MELÉNDEZ.

Asomante, San Juan, Puerto Rico.

Noviembre de 1945.

RESURRECCIÓN DE IFIGENIA

¡IFIGENIA ha resucitado! — decíamos al concluir el anterior artículo—, en el poema dramático de Alfonso Reyes. No es ya la antigua Ifigenia de Eurípides, que recuerda y añora su pasado y sus frustadas nupcias en la áurea Micenas; no es la que, al llegar su hermano Orestes a Táuride, huye con él y torna a la “patria” —tierra de los padres.

Ahora Ifigenia —sin padre, sin madre, sin genealogía, como el Melquisedec bíblico—, siéntese “suspenda del aire —grito que nadie lanzó”. Pero su trágico y hondo conflicto consiste cabalmente en eso: Ifigenia “reclama su herencia de recuerdos humanos” y se siente “huérfana de pasado” e irremediamente “distinta de las demás criaturas” de su especie; pero cuando Orestes le revela su origen y hace revivir en ella la perdida memoria de la estirpe maldita a que pertenece, entonces ella —horrorizada y asqueada—, retrocede ante la cruel realidad, niégase a huir con su hermano y prefiere permanecer en Táuride ejerciendo su oficio de “carnicera y sacrificadora”, para eludir así —y romper para siempre—, la fatal cadena de crimen y sangre que pesa sobre su raza. Virginal y varonil, Ifigenia se revela contra el Hado implacable: “en ella —escribe Reyes—, rematará el daño de la raza, como una flecha que rebota contra un escudo”.

Y esta nueva Ifigenia será —ya para siempre—, el símbolo de la voluntad diamantina, vencedora de las estrellas.

El poema de Alfonso Reyes divídese en cinco “tiempos”, de los que el propio autor ha hecho cabal exégesis en la *Breve Noticia* que precede a esta segunda edición de *Ifigenia Cruel* (México, 1945) —noticia que anteriormente habíase publicado, en francés, en la *Révue de l'Amérique Latine* (París, febrero de 1926), y que fue presentada como prólogo a una lectura de la obra, con intermedios de quenás bolivianas, en la casa del escritor ecuatoriano Gonzalo Zalumbide, entonces Ministro del Ecuador en Francia (p. 9, nota).